

El Frente Amplio y la reproducción de la identidad política

Silvia Dutrénit Bielous

Silvia Dutrénit Bielous: Historiadora y latinoamericanista uruguaya residente en México, investigadora titular y jefa del proyecto de Historia de los partidos políticos en América Latina, del Instituto Mora.

En el Uruguay moderno se produjo un caso singular de reproducción política. Las identidades político-partidarias son perdurables, y están arraigadas como valores de la cultura política a su vez estrechamente ligados al modelo de Estado batllista. En las últimas décadas el polo izquierdista se consolidó electoralmente, hasta acabar en las últimas elecciones con el secular bi-partidismo uruguayo. Sin embargo el nuevo tercio político, con su registro ideológico particular que tiende a enfrentarse con las agrupaciones políticas tradicionales, como las fuerzas más antiguas también reproduce su identidad en ámbitos privados como la familia y la vida cotidiana, y muestra una elevada tendencia a la fidelidad electoral.

El hecho de que en las últimas elecciones nacionales, celebradas a fines de noviembre de 1994, la ciudadanía uruguaya respaldara en tercios a cada uno de los lemas principales —a tal punto que las diferencias entre los tres primeros lugares fueron de menos del 2%— quiebra muchas certezas¹. A ello se suma otro hecho sustantivo que repercute, de manera elocuente, en tal quiebre: la ratificación de un gobierno frentista² en la capital con un respaldo ciudadano considerablemente mayor al obtenido en las elecciones del año 1989.

¹ Los siguientes porcentajes se brindaron días después de la elección e incluyen los votos anulados y en blanco: Partido Colorado 30,5; Partido Nacional 29,4; Encuentro Progresista 29, 2; y Nuevo Espacio 4,9. Cf. Brecha, Montevideo, 2/12/94, p. 19. El escrutinio primario ofreció en números los siguientes resultados, respectivamente: 631.025; 607.388; Frente Amplio -a través del Lema Encuentro Progresista- 601.188; y 101.286.

² Estrictamente habría que llamarlo gobierno del Encuentro Progresista dada la alianza electoral con otros sectores políticos. No obstante, el peso abrumador y hegemónico del Frente determina la usual denominación de gobierno frentista.

De tal forma, el resultado de esas elecciones es diferente por el nuevo escenario partidario más que por el ganador. Se trata, sin más, de la ruptura del bipartidismo.

Dos, al menos, son los fenómenos, de diferente orden, sobre los que la reflexión apenas comienza: la aparición del tripartidismo y la ratificación de la gestión departamental del Frente Amplio. Empero hay una tendencia que afecta a ambos fenómenos: la evolución creciente, o la reproducción, de la ciudadanía frenteamplista. Es decir, cómo se ha gestado un significativo cambio en el volumen de votos frenteamplistas que ha originado una modificación de las características del sistema partidario. Las líneas que siguen son parte de una búsqueda explicativa de esta modificación a partir del supuesto de que la aceptación del Frente Amplio responde y es sustantivamente tributaria de la tradición reproductiva de la identidades políticas nacionales.

Identidad política y representación partidaria

El uruguayo fue durante muchas décadas un caso de bipartidismo exitoso -integrado por los partidos Nacional³ y Colorado. Ello a pesar de que ha sido el Colorado el principal triunfador en las elecciones nacionales a lo largo del siglo⁴. Los orígenes de estas colectividades políticas se hallan en el proceso de fundación del Estado. Desde mediados del siglo xix, la sociedad se agrupa en torno a dos bandos o facciones -conocidos como divisas— políticas. Al calor de las guerras civiles -que llegaron hasta la primera década de este siglo— se configuraron, de manera raigal, los símbolos de las divisas respectivas que más que claras distinciones ideológicas expresaban afectos y lazos con significado variable respecto a caudillos y a batallas históricas. Pero, en todo caso, constituyeron los conglomerados sobre los que se erigió la sociedad nacional⁵.

De aquellas divisas se llegó a las dos principales colectividades políticas del siglo xx. El proceso tuvo dos momentos constitutivos⁶. El primero se desenvuelve

³ Conocido también como Partido Blanco por la denominación que tuvo durante el siglo xix. Por ello a sus integrantes se los identifica como blancos.

⁴ De ahí la discusión en tomo a la existencia o no de un sistema de partido predominante presentada por Sartori; quien, no obstante, pone en entredicho al mencionar el posible disfraz bipartidista que escondería una federación multifraccional de sublemas. También en este sentido lo discute y argumenta Solari. En todo caso no interesa para este análisis detenerse en ladiscusión. V. Giovanni Sartori: Partidos y sistemas de partidos, 2a ed.. Alianza, Madrid, 1992, p. 245 y ss.; y Aldo Solari: Uruguay, partidos políticos y sistema electoral. El Libro Libre-FUCCYT. Montevideo, 1988.

⁵ Javier Bonilla Saus lo explora a partir de la hipótesis de una «previatura histórica» de las divisas sobre el proceso de estructuración y posterior modernización de la sociedad civil. V. su trabajo «Sistema de partidos y reforma política en Uruguay», Departamento de Estudios Internacionales, Cuaderno de trabajo No 9408, UDLA, México, 1994, p. 5 y ss.

⁶ El momento constitutivo en el sentido de la definición de René Zavaleta, es decir, las coyunturas cuando grandes masas están dispuestas a asumir nuevas creencias colectivas. Para este tema, su

durante la fundación del Estado: las guerras civiles opusieron a las divisas y les dieron sentido, y con ello un valor simbólico imposible de desligar en las posteriores colectividades políticas, derivadas de ellas. El segundo momento, menos violento pero tal vez más decisivo en el plano cultural del Uruguay contemporáneo, acontece cuando se enfrentan las posiciones políticas en torno al modelo de Estado batllista, que se fue imponiendo durante las dos primeras presidencias de José Batlle y Ordóñez. Su gestación y posterior desarrollo hizo posible la estructuración de la ideología dominante del Uruguay moderno⁷.

A pesar del consenso ideológico que fue capaz de conquistar el modelo batllista -el batllismo constituye desde entonces el sector mayoritario del Partido Colorado- la sociedad continuó agrupándose alrededor de las colectividades blanca y colorada y de sus tradiciones fundacionales. El batllismo recreó el imaginario colorado dándole un ideario que pregona, de manera paradójica, un Estado benefactor pero liberal que, gracias a peculiares condiciones sociales y económicas, se desarrolló teniendo ante sí un horizonte relativamente cierto -si se le compara regionalmente — hasta mediar el siglo xx.

La reproducción exitosa de las identidades político-partidarias tuvo esencialmente dos fuentes: la familia y la relación clientelar. La primera ha actuado recreando y transmitiendo valores y símbolos, que si bien nacieron en las luchas decimonónicas, poseyeron tal fuerza y penetración que de una generación a otra se aceptaron como propios y se readecuaron a nuevas circunstancias hasta lograr, exitosamente, la conservación formal de las adhesiones a las divisas. La segunda fuente de reproducción de las identidades políticas se readaptó y fortaleció a partir del Estado batllista y gracias a las posibilidades con que contó el modelo modernizador hasta que lentamente la crisis lo fue agotando.

Los pactos políticos permanentes entre ambas colectividades forman parte de sus comportamientos pero también se valoran positivamente dentro de las tradiciones de mutuo reconocimiento. Ellos refuerzan valores arraigados y contribuyen al funcionamiento de la relación clientelar entre sociedad y colectividades partidarias. También la legislación electoral permitió la diversidad ideológica y la maleabilidad dentro de las colectividades que reforzaban el bipartidismo y frenaban, hasta cuando fue imposible sostenerlo, la configuración de otra colectividad que pudiera disputar el respaldo ciudadano a tal grado que representara un contendiente real por el poder gubernamental.

libro póstumo: Lo nacional-popular en Bolivia, Siglo xxi, México, 1986, pp. 15-20.

⁷ Una interesante interpretación del contexto reformador y transformador del batllismo, de la oposición que generó y de la conformación de la ideología se encuentra en los trabajos de Carlos Real de Azúa: *El impulso y su freno*, EBO, Montevideo, 1964; y «Política, poder y partidos en el Uruguay» en Luis Benvenuto, et al.: *Uruguay hoy*. Siglo xxi. Buenos Aires, 1971. pp. 145-324.

Modelo alternativo de la izquierda nacional

El deterioro de las condiciones demográficas, sociales y económicas convergieron para producir un desenvolvimiento incierto del modelo batllista. Esta tendencia retroalimentó el agotamiento de las situaciones excepcionales que registró la relación de dependencia del mercado externo. A mediados de los años 50 se conjuga el estancamiento con mayores trabas para sostener las redes tradicionales de dominación. Lo que devino entonces en el inicio de cambios significativos en el sistema político y en la estructura de relaciones partidarias⁸.

Por cierto, la izquierda partidaria no era un actor nuevo en el escenario nacional. Al menos, desde la segunda década del siglo intervino a través del Partido Socialista y, en pocos años más, con la fundación del Partido Comunista. Esta configuración clásica desplegó una fructífera relación con el mundo laboral, tanto en el universo obrero como en el de los asalariados en general, alcanzando importante incidencia en los sectores de la educación y de los intelectuales. Sin duda, la práctica liberal del Estado batllista, que impulsó una mediación, de carácter autónomo, entre el gobierno y la sociedad, contribuyó a mejorar las condiciones sobre las que ejerció su discurso y estrategia la izquierda partidaria⁹.

Pero sin duda, el agotamiento del modelo que trabó la reproducción del sistema político mediante relaciones clientelares y cuestionando muchos de los valores tradicionales, favoreció el crecimiento y el fortalecimiento de aquella izquierda que se plasmaba en organizaciones partidarias testimoniales¹⁰. Con ello, el relativo funcionamiento consensual del sistema político comenzó a perderse en tanto los diferentes sectores sociales fueron afirmando sus organizaciones sindicales y gremiales con una clara propuesta opositora, que derivó en la unificación del movimiento de los asalariados y otros grupos sociales en 1964-1966. La central única, Convención Nacional de Trabajadores, dirigida mayoritariamente por comunistas, creció como organización con una propuesta alternativa y, fundamentalmente, y como eje aglutinador y movilizador de la oposición social al autoritarismo en ciernes.

⁸ La descomposición de las relaciones tradicionales y el surgimiento de nuevos escenarios políticos están descritas y argumentadas en el libro de Gonzalo Várela Petito: *De la república liberal al Estado militar*. Ediciones del Nuevo Mundo, Montevideo, 1988; y en S. Dutrénit: «Del margen al centro del sistema político: los partidos uruguayos durante la dictadura» en S. Dutrénit (coord.). *Diversidad partidaria y dictaduras: Argentina, Brasil y Uruguay*, Instituto Mora, México, 1996.

⁹ La idea de no corporativización de la sociedad y de inclusión política de la población a través de los partidos como parte de una operación política dentro del «avancismo» batllista la discute Javier Bonilla Saus: ob. cit.

¹⁰ La caracterización de «testimonial» la aplica Gallardo al explicarla marginalidad del voto de la izquierda durante las décadas en que la lógica bipartidista se desplegó exitosamente. Es entóneos que ese voto operaba con un fuerte valor testimonial, S. Gallardo: «La izquierda uruguaya. La parábola de los 'zorros y los 'leones'» en Gerardo Caetano, Javier Gallardo y José Rilla: *La izquierda uruguaya. Tradición, innovación y política*, Trilce, Montevideo, 1995. pp.71-146.

En los años siguientes a la concreción unitaria, las fuerzas políticas de la izquierda-conformadas por diversas vertientes ideológicas- vivieron el efecto multiplicador del poder de su convocatoria. Al mismo tiempo que lograban un éxito indiscutido en la movilización reivindicativa gremial y sindical no rompieron, raigalmente, la histórica adhesión ciudadana a los partidos tradicionales aun cuando muchos contingentes sociales concurrían fervorosamente al llamado movilizador y opositor de la CNT¹¹.

Sin embargo, el vaciamiento de las instituciones democráticas al que condujeron las respuestas autoritarias ante los conflictos sociales, y la pérdida de la base real de la ideología que había acunado al Uruguay liberal, provocaban efectos novedosos y diferenciadores en relación a las décadas de la sociedad consensual. Un ejemplo distintivo y disonante respecto al Uruguay que quedaba atrás fue la aparición de la guerrilla, sin duda alimentada por un entorno regional de estrategia revolucionaria que la impulsaba y favorecía.

Finalmente, lo que en el terreno de la tradición institucional y legal constituye un hito en el proceso de desconfiguración del bipartidismo histórico es la fundación del Frente Amplio como concreción unitaria de aquella izquierda política y partidaria, con orígenes y perspectivas ideológicas diversas, y de algunos sectores de los partidos tradicionales que, desentendiéndose de intereses electorales, buscaron más allá de sus lemas la construcción de una organización política dispuesta a una transformación estructural¹².

Podría aseverarse que el Frente recoge el vigor de la tradición secular de la izquierda partidaria -con el componente reivindicativo que incluye el referente de las luchas sociales nacionales e internacionales- y la fuerza principista de una izquierda política e independiente, que confluyen en la propuesta estratégica de refundar el modelo estatal¹³. Y esta propuesta raigal se levanta como el basamento sobre el que se construye una nueva identidad política.

Con una apelación al mandato de la patria, con una evocación y una apelación a la guía del procer nacional, el Frente Amplio arranca desde sus orígenes con identificaciones profundas respecto a la historia nacional. Esta nueva etapa de la izquierda uruguaya no es solamente la sumatoria de lo recorrido y de las fuerzas

¹¹ «Esos trances no llegan a superar el paisaje 'dualista', pero imponen correcciones significativas. Los partidos tradicionales retienen la mayoría de los votos y no es evidente que los trabajadores -qua ciudadanos- se hayan volcado en masa a las nuevas coaliciones». Sin embargo, sostiene Jorge Lanzaro, está abierta una discusión referida a las alternativas que se abrieron con la creación del Frente Amplio. Tomado de su libro *Sindicatos y sistema político*, FCU, Montevideo, 1986, p. 72 y ss.

¹² Se trató de la izquierda legal -por cierto mayoritaria-. El Movimiento de Liberación Nacional -Tupamaros, principal grupo guerrillero, se incorporó al Frente Amplio con posterioridad al retorno democrático en 1985.

¹³ V. una descripción de la Declaración Constitutiva que detalla las corrientes que confluyen en la coalición, en Miguel Ángel Bayley: *El Frente Amplio. Historia y documentos*, EBO, Montevideo, 1985.

que en ella se han integrado. Es una revaloración de lo nacional hecha mediante la reivindicación de sucesos, caudillos y batallas.

Una parte considerable de la izquierda, visualizada en lo que es la izquierda partidaria de matriz ideológica común, construyó durante décadas una estrategia política y una estructura de valores y símbolos con escasos referentes a la historia nacional. Por mucho tiempo existió una brecha entre el imaginario de la izquierda y el de los partidos tradicionales respecto al papel y a la fuerza que en esos conglomerados simbólicos tenían los acontecimientos decisivos que hacen a la historia y al imaginario nacional en su conjunto.

Empero, el Frente Amplio al fundarse -y al hacer confluir tradiciones partidarias y políticas con matrices diversas y modos de ser plurales- representa no sólo la fuerza multiplicada de la unidad, a partir de una propuesta transformadora con interés social y popular, sino también la construcción de una interpretación acerca de esa historia nacional y una reivindicación específica de hitos y caudillos. Unos y otros favorecen la identificación con un referente histórico que hará más nacional la propuesta frentista, redimensionando el potencial de adhesión e identificación que la propia tradición de izquierda política traía.

Así, el imaginario progresista se sintetizó de manera diferente, al cruzar el mensaje social y transformador con la simbología de las luchas independentistas por la constitución de un Estado oriental en el seno del pacto federal. Es así que se gesta una convocatoria que articula la nueva colectividad a un imaginario nacional. El acto inaugural de la coalición, el 26 de marzo de 1971, se convocó mediante la consigna «La Patria nos llama, orientales al Frente» y culminó con aquella apelación ya histórica, «Guíanos padre Artigas», bajo la bandera de Fernando Otorgues, que son sustancia y forma de la evocación nacional en la que quiere cuajar la propuesta de una transformación con proyección social y universal. Esto último, si se piensa en que la revolución cubana redimensionó la impronta de justicia e igualdad, y de libertad y soberanía, en un sentido latinoamericano y mundial.

Es de esta manera que el Frente Amplio amalgamó exitosamente la riqueza de experiencias y capacidades de sus diversos componentes, expresadas en términos de mediación y representatividad social o sindical, de movilización política, de organización y de funcionamiento de grandes aparatos de masas. A la vez, la nueva colectividad integraba una militancia que unía en estrecha comunión el hacer privado y el hacer público, definía una actitud ante el mundo y ante los demás partidos que se plasmaba en el concepto de que todo frentista debía ser militante y convertía en parte de su discurso, aceptado por todos sus adherentes -más allá de la diversidad ideológica-, la existencia de un imaginario común

basado en una utopía transformadora, en el valor de la unidad «de los orientales honestos»¹⁴ para lograrla y en el carácter ético de su lucha política.

En suma, el Frente Amplio más que un partido constituía un gran movimiento cuya voluntad era marchar hacia la conquista de una transformación estatal. De ahí que con una acción que proponía y marcaba la confrontación con la visión construida y ejercida desde el poder, el Frente reunió a los más diversos sectores de oposición para levantar un nuevo modelo estatal, con fuerza desestructuradora. Ello significó conjugar viejas y nuevas bases de adhesión a la propuesta unificando, desde distintas perspectivas doctrinarias e ideológicas, a numerosos conglomerados partidarios y sectoriales a partir de la voluntad y la estrategia política común.

La gestación de este nuevo imaginario que reestructuró viejos códigos reforzándolos, algunas veces, o rompiéndolos otras, hizo posible instaurar lógicas de adhesión política, que fueron puestas a prueba, de manera veloz, aunque no casualmente, por el proceso decisivo de afianzamiento del autoritarismo que desembocó en el golpe de Estado de 1973. Es durante el periodo que allí se inició que debieron probarse las lealtades y los compromisos con la nueva colectividad, que en apariencia todavía no había constituido una identidad cultural distintiva. El gran desafío estratégico fue, para el Frente Amplio, comprobar en su práctica política si la lógica de la adhesión se afirmaba y reproducía, o si por el contrario, era negada por la ciudadanía y declinaba.

El proceso de consolidación del autoritarismo supuso primero el debilitamiento de las instituciones democráticas hasta su desaparición por medio de la instauración de un régimen dictatorial. En ese tránsito, las fuerzas triunfantes buscaron negar, para finalmente destruirla, la izquierda política y partidaria. De modo que el Frente Amplio, a escasos dos años de haberse fundado, inició un camino que lo llevó lenta y arduamente a librar una batalla vital.

La tradicionalización del Frente Amplio

La nueva colectividad integraba una militancia que unía en estrecha comunión el hacer privado y el hacer público.

Es posible afirmar que para su consolidación y su reencuentro con el sistema político, que permitió transitar hacia un gobierno constitucional, el Frente Amplio atravesó la lucha contra el autoritarismo como ningún otro actor. ¿Por qué? Porque de aquel conglomerado multifacético que tenía en común una propuesta diferenciadora respecto a los partidos tradicionales Blanco y Colorado se

¹⁴ Como decía el cintillo utilizado en las guerras civiles que heredó un hombre del interior uruguayo y luego obsequió a Liber Seregni, presidente del Frente Amplio, quién retomó el texto para evocar la configuración de la coalición.

ratificaron, pese a los más variados matices de represión que enfrentaron sus distintos integrantes, la impronta programática constitutiva armada en torno a los valores de la transformación social y de la aspiración libertaria, y la expresión simbólica de ellos que hacía que los ciudadanos se distinguieran y se sintieran frenteamplistas. Con esa impronta y esa expresión se sobrepasó la dictadura de forma tal que la coalición se transformó hasta alcanzar la estatura de un partido nacional.

Lo transitado y alcanzado por la sociedad en el proceso antidictatorial sólo puede ser explicado si se comprende que el vasto despliegue primero opositor, luego defensivo y por último desafiante, se nutrió de la profunda convicción democrática de los frentistas, de la histórica conexión con amplios sectores sociales que tenían muchos de los componentes del Frente -a manera de vasos comunicantes y nunca carente del militanismo más tradicional de la izquierda¹⁵, y del papel resistente y articulador de la voluntad antiautoritaria que asumió el espacio privado y la vida cotidiana. Estos últimos se desarrollaron, más que nunca, como multiplicadores de adhesiones e identidades que, a su vez, se reproducían con mayor celeridad a la medida que la postura frentista se confrontaba -de distintas maneras e acuerdo a las circunstancias represivas- e interpelaba a un régimen que violaba los principios de libertad y de igualdad humanas y mancillaba las tradiciones de justicia, al mismo tiempo que desestructuraba, por medio de la represión, los pilares institucionales de la democracia y del ideal de una sociedad participativa y consensual.

El terror desplegado por la dictadura indujo el miedo y el cuestionamiento al ser frenteamplista; y desafió, radicalmente, una propuesta de cambio «subversivo» del Uruguay de la crisis. No obstante la matriz propositiva, los valores y los símbolos del frentismo, por sobre las distintas doctrinas y las diferentes interpretaciones de la realidad, eran reivindicados, de manera permanente, mediante la epopeya diaria de sus protagonistas en los ámbitos múltiples de la cárcel, la clandestinidad, el exilio y, por sobre todo, en la vida cotidiana de las familias que extendían, raigalmente, adhesión y la identidad de esa coalición que la dictadura identificaba como la disruptiva y disolvente izquierda nacional.

Mientras ello sucedía, una parte considerable de la generación formada bajo la dictadura asumía, por amor a la libertad personal y a la autodeterminación política, la identidad frentista como el compromiso con una gesta antiautoritaria por encima de toda adscripción a corrientes o grupos dentro de la coalición. Pero, además, la lenta evolución demográfica y la movilidad natural en la estructura

¹⁵ El cual se ha ido perdiendo luego de los momentos más explosivos de la apertura y la transición política. Esta pérdida del rol militante que cada frentista asumía en la actividad concreta del espacio público es un elemento que se debe examinar en un marco regional y aculado a los nuevos medios de comunicación.

etaria contribuyeron a que la reproducción de las adhesiones e identidades políticas mediante la familia favoreciera al Frente Amplio, al mismo nivel que ya lo había hecho con los seculares partidos Blanco y Colorado. Fue así que los niños de 1971, hijos de familias frenteamplistas, se convirtieron en los jóvenes de la década de los 80 y recibieron allí, de sus mayores, todos los mensajes necesarios para interpretar la lucha contra la dictadura como una gesta tan épica como las históricas guerras civiles de los imaginarios de ambos partidos tradicionales.

En una historia política atravesada por juegos estratégicos que se volvieron cada vez más complejos se perfiló una voluntad acuerdista para salir de la dictadura. Así se impuso un esquema que no suponía la derrota de los militares en el poder sino la prevalencia de equilibrios ante el conflicto de fuerzas de muy distinto valor histórico y de diferentes pesos políticos. Fue entonces que el terreno ganado por el Frente en la oposición frontal, y el lugar que le otorgaron, por voluntad o por ausencia, otros actores, convergen para que transite hacia un nuevo estatus. Aquí se vuelve importante enfocar y, a su tiempo, rescatar otros elementos del funcionamiento del secular sistema político uruguayo que sustentan el largo ciclo de crecimiento del Frente: ellos son la práctica de pactos o acuerdos entre pares y la ley de lemas.

La participación en pactos, instancias tradicionales de resolución de los conflictos¹⁶ y hasta el final de la dictadura exclusivas de blancos y colorados, significa la adopción de un elemento distintivo y diferenciador de las divisas tradicionales. Y esto fue lo que ocurrió cuando el Frente Amplio resultó actor de las negociaciones del Club Naval y del consecuente acuerdo que permitió el retiro militar del gobierno mediante la participación ciudadana en la designación democrática de las autoridades civiles que lo tomarían en sus manos.

Tal reconocimiento supuso considerar al Frente Amplio como una nueva fuerza política acuerdista y, consecuentemente, que la misma coalición aceptara, en los hechos y más allá de las distintas estrategias¹⁷ que estuvieron en juego en aquella instancia, el hecho de convertirse en parte de la larga tradición de acuerdos y pactos que configuran al Estado uruguayo. Al mismo tiempo, la presencia frentista en ese acuerdo histórico significó, por un lado, una ruptura del escenario partidario y, por otro, una modificación radical de la estrategia de la izquierda. Esto condujo a la asunción de una práctica propia de las divisas tradicionales, que

¹⁶ Como se afirma en el libro de Gerardo Caetano: «Esta no era tierra donde se lograsen hegemonías fáciles en lo social ni en lo político; era tierra de diálogos y acuerdos»; La República conservadora, t. 1, Editorial Fin de Siglo, Montevideo, 1992, p. 9.

¹⁷ Sobre el tema de las estrategias desplegadas en esa coyuntura pueden consultarse los siguientes textos: Diego Achard: La transición uruguayo. Instituto Wilson Ferreira Aldunate, Montevideo, 1992; Charles G. Gillespie: Negotiating Democracy, University of Cambridge, Nueva York, 1991; y Julio María Sanguinetti: El temor y la impaciencia, FCE, Buenos Aires, 1991.

acotaba el campo de lo permitido y exclusivo en el terreno de las decisiones nacionales.

Por su parte, la ley de lemas favoreció -a pesar de la crítica histórica de la izquierda hacia ella- la unificación de fuerzas con orígenes doctrinarios distintos pero con una propuesta común, al tiempo que cada una mantenía su individualidad y representatividad. En todo caso, el Frente Amplio marcó su impronta al definir y sostener candidaturas únicas para los principales puestos de gobierno, con lo cual no ponía en juego y no usufructuaba uno de los aspectos medulares de la ley¹⁸.

Fue así como la lucha contra la dictadura hizo posible redimensionar la propuesta frentista, reubicar al propio frentismo como contribuyente histórico a la épica nacional, revalorar la vida cotidiana y el espacio privado como ámbitos que sostienen una transformación política y elevar al Frente Amplio -en la tradición política nacional- al nivel de actor necesario para los grandes acuerdos. La conjunción de estos basamentos de la reproducción de la adhesión y la identidad política —claro está no automáticamente y debiendo ubicar y considerar variables éticas, ideológicas y del hacer político- convergieron en un Frente Amplio acrecido, que caminó con paso seguro hasta convertirse en una colectividad política a la par que la blanca y la colorada. Lo que quiere decir, que desde el punto de vista de los elementos que hacen posible la reproducción social de una fuerza política y del papel que cumple y se acepta en el sistema político uruguayo, que la coalición frentista es hoy, también, una colectividad tradicional.

El imaginario tradicional

Resumiendo lo expuesto, el problema que se plantea es por qué el sistema político bipartidista pasa a tener una conformación tripartidista. En este cambio interviene el sustantivo aumento electoral de la izquierda, que en 1966 alcanzaba, aproximadamente y considerando todos los grupos que participaban en las elecciones, un 9,5%. De manera unificada desde 1971, fue creciendo a un 18,28%, luego alcanzó en 1984 un 20,78%, pasó por un 21,23% en 1989 y llegó en 1994 al 29,2%¹⁹. La hipótesis es que el Frente Amplio cumplió un ciclo de tradicionalización. El sentido de este proceso supone que adopta referentes

¹⁸ Actualmente se está discutiendo los términos de una reforma política consensuada, tendiendo a candidaturas únicas, con el sistema de ballottage, no incluido hasta el momento en la legislación nacional.

¹⁹ En 1989 se desprenden dos sectores de la coalición, el PGP y el PDC, que pasan a formar una nueva colectividad política. Nuevo Espacio, el cual obtuvo en las elecciones de ese año un 9% del total de votos. Para 1994 se escinde la nueva agrupación, logrando un caudal menor en últimos comicios (4,9%). Estos porcentajes deben ser sumados a los que alcanzaron el Frente Amplio en el 89 y el Encuentro Progresista en el 94. Con ello se evidencia aún más el crecimiento de la izquierda -sin distinguir para este análisis entre centro y centro izquierda sino respecto a las fuentes constitutivas del Frente Amplio o a las que se incorporaron en su camino.

similares a los que hacen los imaginarios de blancos y colorados -que representan lo tradicional para el Uruguay- y se reproduce al menos por una de las fuentes clásicas: la familia. Por cierto, lo anterior no se contrapone a los aspectos diferenciadores del frentismo respecto a las prácticas de participación (militancia)²⁰ y en cuanto a una propuesta con un alto valor de lo social.

Los referentes tradicionales se definen, aquí, alrededor de tres esferas constitutivas. La primera está centrada en el componente histórico formulado en relación al pasado en los orígenes de la configuración estatal; la segunda se construye sobre la afirmación de los valores cívicos y ciudadanos del modelo batllista de Estado; y la tercera se organiza en torno a los aspectos institucionales que retroalimentan la estructuración partidaria -principalmente, la ley de lemas y la práctica de pactos entre pares.

En el imaginario frentista, convergen lo épico de la gesta nacional independentista con la epopeya de la lucha antidictatorial, lo civil ciudadano que preconiza el modelo batllista con la propuesta transformadora y refundacional, en el momento de crisis de ese modelo, y la asimilación al ámbito institucional del sistema político por medio del usufructo parcial de la ley de lemas y mediante la inauguración de la práctica pactista, al estilo de los tradicionales componentes del sistema partidario, en el Club Naval.

Por lo anterior, la variable que debe considerarse con un alto poder de determinación en la configuración del sistema tripartidario, y sobre la que hay que indagar y reflexionar, es la transformación del Frente en una colectividad política que ha ido adquiriendo el estatus de un partido tradicional. Ello implica pensarlo no como una fuerza de constitución reciente en relación a sus seculares contrincantes, sino como una colectividad anclada ya en el sistema político, y que posee una repetida, ratificada y acrecida capacidad de generar adhesiones e identidades ciudadanas.

Además, porque el Frente parece aglutinar y recoger una identidad frentista de la ciudadanía, repitiendo así la forma culturalmente más compleja en que blancos y colorados constituían sus caudales electorales y apoyos cívicos. Son identidades y adhesiones que se crean y reproducen mediante tradiciones gestadas en el espacio privado, en aquel tejido por los lazos amistosos, parentales y familiares. En el Uruguay actual es factible comprobar la existencia de generaciones frenteamplistas, de padres e hijos y también, de abuelos, padres y nietos. Es así como el proceso natural de renovación poblacional, y con él la palpable pérdida de aquellos que adherían a las viejas divisas, está acompañado por la irrupción de ciudadanos que adoptan la identidad frentista, de manera tradicional, por medio de las relaciones del ámbito privado.

²⁰ Respecto a este aspecto hay que tomar en cuenta lo señalado en la nota 17.

No obstante, sería necesario considerar otras variables que determinan nuevos comportamientos ciudadanos como: la racionalidad de elección de opciones en el momento de ejercer el voto; la crisis de los paradigmas anclados en el socialismo y la revaloración de la democracia que han implicado, al menos, redefiniciones programáticas y nuevas estrategias partidarias de funcionalidad sistémica; la decisión de la ciudadanía capitalina de depositar en el Frente Amplio el gobierno de Montevideo en 1989 y posteriormente -en un porcentaje acrecentado de votos- ratificarlo. Esta última variable supondría rastrear la posibilidad de una práctica clientelar o la pertinencia de una gestión limpia y con contenido social. Como resulta obvio, algunas de estas variables no necesariamente provienen del posible proceso de conversión del Frente en fuerza tradicional.

Nota: El artículo es el resultado parcial de una investigación en curso sobre las características de las identidades partidarias y de cómo éstas se constituyen.